

El Cumplimiento de la Promesa: El Envío del Espíritu Santo

05 de noviembre

En la sociedad contemporánea uno de los factores que hace mella en cuanto a los procesos de convivencia cotidiana tiene que ver con el valor que se le da a la palabra y mucho más cuando a través de ésta se llega a prometer algo a alguien; con mayor razón si existe un vínculo de cercanía y afecto entre las partes, pues más allá de la relación de confianza y cariño, se está manifestando la honorabilidad, la credibilidad y la seriedad en todo ello, más aún, cuando mediante la promesa se le otorga a esa persona un bien mayor. De lo anterior, tanto ustedes como yo hemos sido testigos al momento de dar la palabra en alguna situación específica, cuando de cumplir algún tipo de compromiso se trata.

El evangelio presenta la materialización de la promesa por parte de Jesús, en relación con la venida del Espíritu Santo, en tanto guía, para que quienes estando en el mundo, ustedes y yo, seamos capaces de seguir y testimoniar su enseñanza, encarnar su evangelio y testimoniar con nuestra vida sus mandamientos desde el amor que libera y rescata, pese a las dificultades que esto trae consigo en el mundo actual, donde las complejas situaciones sociales, políticas, económicas y culturales, así como los fenómenos dados por la falta de amor, compasión y caridad rompen la dignidad de la persona humana y por ende de todo aquello que llegue a afectar los intereses mezquinos de unos pocos, que quieren imponer su capricho hegemónico sobre otros, sin considerar las afectaciones que con esto se llegue a dar.

Desde este horizonte, se evidencia la forma en la cual, Jesús cumple con su palabra al género humano en términos de confianza y credibilidad al hacer el voto sobre cada uno de nosotros, con ese bien mayor que es otorgado: el Espíritu Santo, quien nos asistirá en todo momento. Con la materialización de la promesa hecha por Jesús, en tanto el envío del Paráclito, se está mostrando la infinita misericordia del Hijo hacia la humanidad, en el sentido en el que, el mismo Jesús al asumir la condición humana, conoce nuestra fragilidad, porque sabe de qué estamos hechos. Por tal razón, y para evitar que volvamos a perdernos del camino, gran parte por nuestro individualismo y auto referenciación, Jesús pidió al Padre un guía y protector, que permitiera llevar a la perfección la obra culmen de su creación.

Para lograr tal propósito se requiere de la asistencia del Espíritu a modo de orientador, defensor y consolador. Orientador porque nos guiará por la senda que conduce al bien, el cual, desde Tomás de Aquino no busca generar mal alguno; por el contrario, capacita para que se conozca y se llegue al bien supremo.

Defensor porque vendrá en nuestro auxilio ante las diferentes adversidades que estemos atravesando, a las que los místicos han denominado metafóricamente de varias maneras; entre estas, la noche oscura del alma, como Juan de la Cruz; en donde aparece la desolación, la tristeza e incluso la desesperanza y el sin sentido en medio de la existencia del ser humano.

Y, consolador en tanto que nos motivará a continuar con nuestra lucha cotidiana para lograr ser mejores seres humanos, cristianos y en nuestro caso, frailes predicadores, reconociendo nuestra contingencia propia, pero sabiéndonos necesitados de su compañía.

Para que esto acaezca, es decir, el recibir y sobre todo el permitir que el espíritu Santo actúe en nuestra existencia, es necesario tener en cuenta las siguientes condiciones:

- Vivir en una verdadera comunión y fraternidad: en tanto que es en la comunidad en donde se manifiesta el Espíritu a través de sus dones y carismas, ya que la comunidad va a ser el signo visible de su presencia en tanto posibilidad de construcción común del Reino de Dios y de su plan salvífico a toda la humanidad, iniciando por cada uno de nosotros y extendiéndolo a nuestras casas y conventos.
- Vivencia de encuentro con aquel que nos ha llamado a seguirle: en tanto vivencia personal del amor del Padre y del Hijo manifestado desde la misericordia, la esperanza y la resurrección, enmarcada en la paz que sobrepasa todo entendimiento y que permite gozar de la asistencia del Espíritu Santo, lo que nos configurará no solo como hombres de Iglesia, sino como hombres de Dios.
- Conversión: entendida como la oportunidad de reconocimiento de nuestras limitaciones humanas y la posibilidad de lograr una perfectibilidad constante desde la transformación de vida conforme a la enseñanza cristiana que fortalece la dignificación de la persona humana y la comunión relacional consigo mismos, con nuestros hermanos y con Dios.
- Discipulado y predicación de la buena nueva: carisma heredado por nuestro padre Santo Domingo, que va más allá de ofrecer un simple mensaje. Se trata entonces de la misión que busca establecer una estrecha relación con Cristo; una relación personal y un seguimiento, y la forma en la cual se lleva a los demás a construir dicha relación.

Cuando estas condiciones se conjugan, a modo de amalgama, seremos capaces de permitir que el Paráclito habite en nuestro ser, en nuestras comunidades y en nuestra provincia; de lo contrario, quedaríamos en la mera práctica ritual externa o tal vez en la elaboración de tesis teológicas vacuas que, incluso llegan a levantar fronteras más que a construir puentes de comunión y humanidad entre nosotros.

Hoy cada uno de nosotros está representando a una comunidad local en este capítulo provincial, por tal razón es necesario permitir el accionar del paráclito en nuestros pensamientos, palabras y decisiones, para poder responder con honorabilidad a esa confianza dada por nuestros hermanos en pro de nuestra Provincia, de la Orden y de la Iglesia; que no seamos nosotros desde nuestros propios individualismos e intereses quienes desvirtuemos el plan salvífico de Dios en nuestra vida y en la de aquellos que nos han dado su voto y que esperan que seamos fieles y podamos responder a las exigencias y necesidades apremiantes de nuestra comunidad y sociedad actual.

Que realmente sea la voz y guía del Espíritu Santo la que nos lleve a formular determinaciones apropiadas que nos permitan pensarnos como frailes predicadores en clave de humanidad, evangelio y esperanza.

Pidamos a Dios que, a través de su Santo Espíritu, logremos transparentar el rostro de su Hijo que nos hizo partícipes de la resurrección y la vida y de esta manera seamos capaces de llevar a los demás aquella promesa que hemos recibido. Amén.